

LA TRINCHERA

PERIODICO TAURINO : ORGANO DE LA PEÑA DEL MISMO NOMBRE

Año I Redacción y Administración: MARINA ESPAÑOLA, 44 Número suelto CINCO céntimos Número 2

Cartagena 4 de Junio de 1917

¡VE VICTIS!

El que nunca haya escrito revistas de toros no sabe lo que es *canela*; más vale pertenecer al resguardo de consumidores que ser revistero taurino.

Cuando el público sale de premeniar una corrida y vocean los chicos, ¡LA TRINCHERA, por ejemplo, con la reseña de los toros de esta tarde!, todos los que la oyen piensan y dicen ¡vaya actividad!

¡Con que actividad! Unicamente supone que un pobre hombre que no ha cometido otro delito que el de gustarle la fiesta nacional y además ganarse buenamente unas cuantas pesetas, para conseguir su deseo, pasa más fatigas que el día que estrena botas y éstas le están estrechas.

Porque cuando que se necesita tener afición y hasta es difícil, para estar atento a la lidia, anotar sus incidentes, fumar, contestar a las inoportunas preguntas de los demás y conocer hasta las malas ideas de los toros y sus intenciones; en fin, no dejarse olvidado en la punta del lápiz todo cuanto al diestro o *sinistro* se le ocurra, con objeto de no caer en la tentación de sus *admiradores* o *detractores*.

Todo esto es lo que tiene que hacer el que quiera dedicarse a escribir de toros, mientras los demás espectadores están entretenidos solamente en saborear la fiesta a placer y más cuando llevan consigo la rica manzanilla, el salchichón, las olivas sevillanas y las roscas.

Lo peor del revistero es que una vez tomado asiento, saca sus cuartillas y las apoya en las rodillas, en cuyo momento los vecinos de alrededor alargan el cuello para ver lo que escribe, por ejemplo:

El *Microbio chico*, entra cuarteando y deja una estocada baja.

—¡Caramba, que se ha echado fuera!— hombre, usted no ve que el enemigo se trae las de Caín.

Y el que escribe, por decir algo contesta.—Pues no me he fijado.

—Si le hice dicha observación fue porque ví lo que había usted anotado.

—Está bien, con su permiso voy a continuar.

De repente otro espectador llama la atención y dice: ¡Ha visto usted que

el animal se acuesta del lado derecho! —Estará cansado del otro.

—Es que cuando he visto lo que hacía con el cuello me acordé enseguida de otro toro como el del *Almejita*, que se lidió el año 73. ¿Usted debe acordarse?

Y el revistero no se acuerda del *Almejita*, ni lo que ocurrió el año 73, como no sea el Cantón de Cartagena; pero para conformar al aficionado de marras, hay que decir que sí, porque si no se encara diciendo: si usted no sabe quien fué el *Almejita*, ni sabe quien lo crió y quienes fueron sus padres, usted es un ignorante que no entiende una palabra de estos menesteres.

No pasan unos minutos cuando de pronto ¡púm! otro.

—¡Ponga usted en la reseña que el *Hojalatero*, en su vida ha conocido la vergüenza! ¡que es un maleta!

—Como usted comprenderá, eso no se puede decir por lo expuesto que es, además, nada tiene que ver el ser mal torero con lo otro.

—No le hace, pongalo.

El que escribe no pone dichos insultos y el impertinente *aficionado* no tiene en cuenta lo grave de sus palabras y enseguida baja la voz y le dice a los de su grupo. ¿Ven ustedes como no lo pone? y a continuación dice otro: No puede servirte en lo que pides porque no sabes que ayer iban juntos paseando, se metieron en el café y después se fueron a la fonda a cenar. Y menos mal si dicha opinión, tan falta de lógica quedase para los cuatro amigos *latosos*; lo peor es que trasciende y cada uno comenta, con su ignorancia, de manera burda y hasta injuriosa.

Un poco de benevolencia para los revisteros y más serenidad de juicio para los diestros durante su estancia en el ruedo, que bastante trabajo tienen con el *miedo* que pasan delante de los toros.

Y sobre todo, que tanto los revisteros como los toreros no seamos víctimas de los efectos de la manzanilla, el salchichón, las olivas sevillanas y las roscas.

GINÉS LÓPEZ

CANTARES

«A la reja de la cárcel no me vengas a llorar; unos van al cementerio, y yo aquí con mi «spantá».

«Gallo»

«Soñé que fuego nevaba; soñé que la nieve ardía; y por soñar imposibles, soñé con ocho «corrias».

«Bienvenida»

«Señor alcalde mayor: no prenda Ud. a los ladrones; ya que la afición nos deja, nuestros serán los millones, José y Juan

«Yo soy como el árbol solo que está en medio de un camino; y algunas «estrellas» tiemblan, por sí mi plaza termino.

V. Pastor.

«Diente con diente estoy dando ¿Qué va a ser de mí, Dios mío? ¡Si me ha tomado el cabello, como a un «fla» Joselito!

«Salero II»

Por la copia PICOTAZOS

Sociología taurina

Indudablemente al insigne autor de «La psicología de las mueredumbres» le faltó nacer en España.

Abundan en su célebre obra, imágenes de exquisito gusto; observaciones de acertado sociólogo, y apuntes de innegable espíritu conocedor de la humanidad.

De haber nacido en nuestra patria, hubiera conocido el típico espectáculo taurino, inagotable fuente para sus atinadas observaciones.

De los llanos prados andaluces, y de los *cerrados* de la tierra, hubiera obtenido interesantes notas de la psicología del toro.

Este hijo de la naturaleza, es el campo dócil, pacífico, y demuestra, en grado superlativo, su instinto de asociación; en colectividad, no acomete, respeta, obedece y hasta se acobarda ante el chasquido de la *honda*, la voz del *gañán*, o la presencia del *cabestro*; se le guía, se le gobierna, se le dirige y, digámoslo así, se le educa a *capricho*.

Ejemplos notables pudieran citarse de este don de asociación en toros que se han dejado acariciar en el campo y en corrales; que han tomado hierba a mano, y hasta como el célebre «*Playero*» de Muruve, han servido de *cabalgadura* a sus dueños y extraños.

Este notable animal, lidiado en Lisboa, dió un excelente juego después de haber sido montado en su *déhesa* por la reina Amelia, Duquesa de Alba, el valiente Antonio Revorte y otras personas.

Y no se crea por los hechos anotados, que les faltó bravura el día que se lidiaron; antes al contrario; hicieron su pelea como buenos, mataron caballos con pujanza y recargando, y hasta a

alguno de ellos se le perdonó la vida por noble, duro y bravo.

Este mismo animal que vemos en colectividad arrinconarse, cerner la cabeza y retirarse pacientemente, lucha con más ahinco, desconoce el peligro y arremete contra cuanto vé, en el momento que se encuentra solo.

La psicología taurina es diametralmente opuesta a la humana; ésta, en colectividad, es atrevida, grosera, impalpable y escandalosa.

En estado de aislamiento, cada individuo sería incapaz de insultar, de mofarse, de hacer objeto de rechifla al semejante: en colectividad el hombre, desaparecen todos los respetos y miramientos mutuos, es ingobernable, altanero, soez en ocasiones, y oculta su individual valor, ante el número de semejantes.

Ya lo dijo el Conde de Toreno: «los toros están civilizados».

J. AGUILAR

Tríptico

La suerte de picar

Hercúleo brazo esgrime letal vara, el corazón del timorato late, y hete aquí al toro en bélico combate de jinete y caballo cara a cara. Ruedan potros ligeros como el viento cuando no triunfa el picador de tanda, ¡y caballos! el público demanda y en el circo aparece otro «jumento». El mortífero efecto de la pica, de hirviente sangre el redondel salpica y de burbujas de granate llena. Manda el Usia que varíe la suerte y se agita el cornúpeto en la arena con el primer indicio de la muerte.

La suerte de banderillar

Aún dura el entusiasmo y la algaraza, y el rehiletero con simpár destreza, coje los palos y la faena empieza y al toro que se mueve los pies para. Valiente ante el peligro no repara, y moviendo los brazos con gapeza, derrochando taurómaca belleza llega del bruto hasta la misma cara. Ciencia taurina en su labor invierte. Prepara al bicho y la ocasión espera y clava el par donde la Ley advierte. Ruje bravía la cornuda fiera, y con aplausos premiase la suerte entre acordes de música torera.

La suerte suprema

Ha sido el tercio de rehiletos hecho, se oye el són de la fúnebre trompeta, y a su rival el tóricida reta y le refrenda el pase a eterno lecho. Intrépido hacia él se va derecho arbolando con arte la muleta, y pases de coloso le receta sobresaliendo el clásico de pecho. Hasta el insecto para el aleteo y el ruedo de peones se despeja en la suprema suerte del toro. La espada el diestro hasta la bola deja, dobla la res y atruena el palmoeteo y por el aire voltea una oreja.

ALBERTO DE ANDALUCIA